

Ash Amin

Tierra de extraños



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Serie Actualidad

Dirigida por Josep Ramoneda

Se puede optar por un pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos, de una ontología de la actualidad.

MICHEL FOUCAULT

Ash Amin

Tierra de extraños

Traducción de
Laura Sales Gutiérrez

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Por una política de lo común *Contra la gestión criminal del extraño*

El maltrato al extraño, al otro, al inmigrante, al extranjero paria, es un crimen que las sociedades europeas tienden a absolver, cuando no a premiar, con grave responsabilidad de los gobernantes y de parte de los medios de comunicación. Estigmatizar al extraño no es sólo patrimonio de la extrema derecha. Gobiernos de derechas y de izquierdas han promulgado leyes de extranjería que niegan la dignidad del que viene de fuera y los consagran como humanos de segunda categoría. El gobierno socialista español de José Luis Rodríguez Zapatero, con la complicidad de Europa entera, convirtió las vallas de Ceuta y Melilla en verdaderos monumentos a la ignominia, para que los africanos entiendan que el primer mundo pone un peaje a su entrada: la muerte. El gobierno conservador español del PP ha cometido la infamia de retirar la tarjeta sanitaria a los inmigrantes sin papeles como si su condición de ilegales suspendiera su derecho a la vida. El presidente francés Sarkozy lanzó una campaña de persecución de los gitanos, que buscaba recuperar el afecto del electorado estimulando el sadismo ordinario de los ciudadanos. Desde la caída del muro de Berlín, los muros han proliferado en todas partes con un objetivo principal: impedir la entrada del extraño. Siempre han fracasado en su intento, pero a costa de poner a millones de personas en alto riesgo y de alimentar las bajas pasiones de los ciudadanos contra el otro, convertido en enemigo y chivo expiatorio de todos los males.

Vivimos en tierras de extraños. Las sociedades contemporáneas están compuestas por gentes muy diversas, de procedencias y culturas muy dispares. Y vamos muy atrasados

en el aprendizaje de vivir juntos gente diferente. Las nuevas tecnologías, motores del proceso de globalización, han provocado una contracción del espacio: los humanos estamos más cerca que nunca los unos de los otros, el contacto entre extraños se ha multiplicado. Los gobernantes –la derecha especialmente– prefieren explotar la angustia de las clases sociales atemorizadas por la precariedad, la incertidumbre y la sensación de pérdida de las referencias culturales, proyectando sus temores en el extraño, antes que defender los valores democráticos y humanistas. Y en el centro de estas estrategias figura un viejo y resistente concepto, desacreditado científicamente pero muy instalado en la sociedad: la raza. «Una nube negra de xenofobia se extiende por una Europa irreversiblemente plural, con preocupantes implicaciones internas y externas. Europa está a punto de rechazar el universalismo y el multiculturalismo como formas de vivir en diversidad para reemplazarlos por una actitud disciplinaria respecto a los extraños y las minorías», escribe Ash Amin.

Una Europa construida sobre la explotación del miedo de los ciudadanos al futuro camina inexorablemente hacia el autoritarismo posdemocrático y la cultura de la indiferencia. Para combatir esta tendencia no basta con los discursos humanistas bien intencionados y con la afirmación de las políticas de reconocimiento. Hay que dar un paso más, a partir de la aceptación de la conflictividad real de las sociedades. Este es el propósito de este libro de Ash Amin y la razón por la que ahora está en sus manos. Ash Amin afronta tres cuestiones capitales: la comprensión de las híbridas sociedades occidentales modernas; la crítica de las biopolíticas autoritarias en curso; y la definición de una política de ruptura con el oscurantismo europeo basada en el concepto de lo común. Lo común como territorio de la práctica, de la experiencia, del aprendizaje conjunto. Lo común como espacio de utilidad y de responsabilidad compartida.

El recorrido de Ash Amin, a través de los capítulos de este libro, tiene distintos niveles. Dos capítulos sobre los marcos conceptuales: Una exploración –casi una fenomeno-

logía— de los vínculos sociales. Y la cultura de la colaboración como vía para una nueva relación entre extraños. Otros dos capítulos sobre los lugares: La ciudad como territorio propio de la convivencia y el cambio. Y Europa como continente que se juega su propia suerte en la capacidad de pasar de la aversión a la inclusión del extraño. Y dos capítulos sobre los obstáculos ideológicos: el racismo y la cultura de apocalipsis que desde principios de siglo emana del mundo anglosajón. El despliegue narrativo va creciendo hasta adquirir una estimable tensión dramática en los últimos capítulos. No hay utopía ni promesa de redención, simplemente indignación positiva y una cierta esperanza, basada en el realismo de un racionalismo materialista.

No se trata en este prólogo de anticipar lo que leerán a continuación. Pero sí de señalar la importancia del texto de Amin: desde una posición claramente militante contra las políticas de crueldad y aversión contra el extraño, explora los caminos para una superación real del oscurantismo europeo, que no se quede estrictamente en el ámbito del discurso ideológico y de los buenos deseos. La modificación del escenario mundial con el proceso de globalización y la caída de los regímenes de tipo soviético, superado el espejismo del fin de la historia, ha colocado a Europa a la defensiva, con un retorno de los discursos nacionalistas, una debilitación de los mecanismos democráticos, una creciente cultura del miedo y de la indiferencia y una negación de la idea de progreso y cambio social. Los ciudadanos viven en la incertidumbre, perdidos los referentes culturales que actuaban como estabilizadores de sus recorridos biográficos. Europa se hace antipática y se bunkeriza frente a los extraños. Una cultura apocalíptica se extiende, especialmente desde el 11-S. En este contexto la cohesión y consolidación sobre bases colaborativas de las sociedades de extraños encalla en la discriminación, la opresión y la xenofobia.

La propuesta de Amin parte de un reconocimiento pleno de estas realidades. De la convicción de que la lucha antirracista es fundamental desde un punto de vista moral y demo-

crático, pero también de que el racismo y el miedo están muy enraizados en la sociedad. Con lo cual no basta la crítica cultural e ideológica, es necesario alumbrar políticas contra la gestión criminal del extrañamiento de los gobiernos actuales y buscar los agentes sociales capaces de encarnarlas. Todo ello desde una perspectiva que incorpore a los imaginarios democráticos, la materialidad de los contextos y la experiencia práctica de las relaciones de colaboración. Amin desarrolla de este modo una idea de lo común como fruto de los vínculos sociales y de la responsabilidad compartida en la vida cotidiana, más allá del origen y las singularidades culturales de cada uno.

Amin evoca a Peter Sloterdijk para defender una actitud que pasa por ver «con los ojos de los otros para aprender» y por una «moralidad antiautoritaria» de la relación intercultural. Lo que propone es construir una política de la racionalidad para responder al oscurantismo del desprecio al otro y a la política de la purga que está provocando la regresión de Europa a las desigualdades abismales, al autoritarismo y a la indiferencia.

JOSEP RAMONEDA

Introducción

Las sociedades occidentales modernas son hoy sociedades absolutamente híbridas en todos los sentidos. Con poblaciones y culturas heterogéneas, no son sino reuniones de extraños: autóctonos y migrantes. Sin embargo, se mantiene la perversa adherencia del imaginario por el que cada sociedad existe en tanto que patria con su propia gente, conocida y leal a sí misma (y diferenciada de los extraños de otras tierras). ¿Y si resultara que las sociedades cosmopolitas se mantienen porque se forman en torno a públicos plurales y como resultado del trabajo activo de instituciones colectivas, tecnologías integradoras, narrativas construidas y sentimientos de fraternidad, y no por elementos heredados de la comunidad histórica?

Es indudable que las sociedades occidentales modernas están compuestas por orígenes tan diversos, de lo local y lo nacional a lo virtual, poscolonial y transnacional, que es imposible especificar con certeza la ubicación de la herencia de la comunidad histórica, que aun así sigue entendiéndose generalmente como una entidad definida en términos territoriales. Por otra parte, si el espacio de la comunidad (y de lo externo a la comunidad) sobrepasa su compartimento tradicional, lo mismo ocurre con la constitución del ser social. Los seres humanos modernos son algo más que carne y hueso, sentimientos y conciencia; se configuran como animales sociales y sujetos cívicos a través de multitud de inputs materiales, de dispositivos tecnológicos a trasplantes y prótesis médicas. Persiste el hábito de ver a los seres humanos divorciados de la naturaleza y la tecnología, lo que permite que se

hagan distinciones fáciles entre los sujetos puros e impuros, los ciudadanos y los extraños.

Este libro trata sobre lo que ocurre –en Occidente– en la brecha entre las narrativas o prácticas de la singularidad social y las del pluralismo, que afecta a las oportunidades de aquellos identificados como extraños o minorías. Mi posición es que el destino del extraño se halla en la interacción entre las representaciones híbridas y singulares y las proyecciones de lo social. A mi parecer, esto no supone necesariamente un conflicto entre la vida cotidiana, entendida como la esfera de la libertad y la oportunidad, y la maquinaria de la gobernanza social, entendida como la esfera de la contención y la disciplina. Cada una de estas esferas está formada por ambos tipos de prácticas sociales. Por ejemplo, en la esfera de la vida cotidiana, perviven los legados del juicio racial que identifican a algunos extraños como intrusos y amenazantes, igual que en la esfera representativa y normativa subsisten las descripciones del extraño como cohabitante y ciudadano potencial.

Lo que me interesa es la brecha en sí entre singularidad y pluralidad, en tanto que espacio en el que se marca a algunos seres humanos como propios y a otros, como extraños, en el que los públicos y las naciones se definen a sí mismos como híbridos o no híbridos, y al extraño se le concede o no permiso para respirar. Mi interés por este espacio surge del deseo de ampliar el debate contemporáneo sobre el destino del extraño en las sociedades occidentales, especialmente en dos sentidos. En primer lugar, y dedicando atención especial al Otro racializado, en este libro se examinan las múltiples formas en las que el extraño se interpreta como ser externo y objeto de actitudes de expulsión, domesticación o tolerancia. Se revela un intrincado y a veces interrelacionado conjunto de fuerzas biopolíticas, conductuales y afectivas arraigadas, pero a la vez inestables. Del mismo modo, y en segundo lugar, el libro amplía los argumentos en favor de la sociedad de los extraños, buscando en la superficie aberturas entre la hibridez cotidiana y la disyunción hegemónica,

creadas en torno a una política explícita de la multiplicidad y de la causa común para justificar la sociedad diversa.

Una razón fundamental para querer ampliar el debate sobre la sociedad de los extraños es rebatir una delimitación académica y política cada vez más estrecha de los retos de la integración y la cohesión sociales en condiciones de hiperdiversidad. Mi posición es que, al identificar en lo social demasiados aspectos humanos y esperar demasiado de lo interhumano en la resolución de la diferencia social y el antagonismo, esta estrecha delimitación no reconoce debidamente la composición y el potencial normativo de la sociedad de los extraños. En la segunda mitad del siglo xx, el pensamiento socialista, feminista, *queer* y poscolonial exigió y finalmente logró legitimar una visión de la sociedad diversa y abierta en tanto que comunidad de iguales, capaces de expresar y poner en práctica su diferencia, pero unidos en una causa común. En cambio, el siglo xxi se ha iniciado con narrativas de la vida común basadas en la reducción o la conciliación de las diferencias y el refuerzo de los vínculos sociales y comunitarios.

Ha pasado a primer plano una lógica de lo común como el ámbito de los vínculos interpersonales e interculturales, afianzada en valores históricos compartidos (Vertovec y Wessendorf, 2010) y alentada por concepciones negativas del multiculturalismo tras el 11-S, como por ejemplo las acusaciones de que los extraños y las minorías esperan demasiado y devuelven demasiado poco, hacen que las mayorías se sientan extranjeras en su propia tierra y debilitan la cohesión social al quebrantar el patrimonio y la tradición nacionales. La buena sociedad se concibe como una sociedad de ciudadanos responsables y de comunidades colaboradoras, con una lógica que recomienda la exclusión o la domesticación del extraño, la recuperación de los valores fundamentales de la nación y el refuerzo de los vínculos en el seno de cada comunidad y entre comunidades. En este libro tal giro se juzga regresivo y no realista: regresivo por su xenofobia velada y nostalgia excluyente, y no realista por su

negación de la constitución plural del ser y del pertenecer modernos.

Este viraje no es una invención casual, sino que parte de una larga tradición de interés sociológico por la naturaleza y la función de los vínculos sociales en la sociedad moderna. A lo largo de por lo menos un siglo, las ciencias sociales han juzgado la modernidad por su impacto en los vínculos sociales y comunitarios, que generalmente se han considerado debilitados por la proliferación de múltiples intermediarios materiales, tecnológicos e institucionales. Mientras que algunos observadores han visto en este cambio una oportunidad para que la sociedad mire más allá de las limitaciones de la tradición y la comunidad demarcada, otros lo han interpretado como una restricción del progreso colectivo y la cohesión social. La opinión se ha inclinado hacia uno u otro extremo en función del contexto y de las circunstancias, y en nuestra época, concebida como una era de extrema fluidez social en un mundo inseguro e inestable, la balanza parece volverse a decantar hacia el anhelo de la sociedad de las obligaciones mutuas y los fuertes vínculos sociales.

Las virtudes de la comunidad se están redescubriendo en ámbitos diversos de la organización social. Por ejemplo, en la teoría económica, respaldada por textos políticos sobre el capital social y las comunidades de práctica, se propone cada vez más que factores como la confianza, la lealtad y la reciprocidad son lubricantes fundamentales de las transacciones del mercado y fuentes esenciales de aprendizaje, creatividad e innovación. Del mismo modo, los textos sobre la cohesión en un mundo acelerado y cosmopolita han dirigido su atención a la mano estabilizadora de los vínculos interpersonales y comunitarios para enfrentarse a los retos de la anomía, la indiferencia y la aversión. Lo mismo sucede con el debate sobre la ciudadanía en la sociedad abierta y diversa, que se plantea cada vez más en términos de obligaciones y adaptación (sobre todo de los extraños y las minorías) y no tanto como un derecho. Del mismo modo, en los estudios culturales, la esfera pública se está redefiniendo

como un espacio de encuentro y de conciliación, en lugar de un ámbito conformado por la interacción entre públicos y contrapúblicos diversos. En todas estas tendencias, lo social se reduce a lo comunitario y la potencialidad, a las fuerzas de la asociación y la identificación colectiva.

Este libro pretende ampliar los términos de este resurgimiento de la sociología de los vínculos y a la vez ocupar su lugar. Como estos textos, el libro parte de la centralidad del carácter relacional y coconstituido de la vida social, pero recurre a la fenomenología de la experiencia cotidiana, incluida la naturaleza de la interacción social, para explicar los hábitos y las normas culturales, en lugar de presuponerlos en formas corporales concretas, individuales y colectivas. Esto supone un análisis detallado de las relaciones de la práctica situada, mediante la exploración de los orígenes múltiples del juicio que enmarca el encuentro: mediado y directo, inmediato y remoto, deliberado e involuntario, cognitivo y no cognitivo, histórico y actual. Se entiende que el encuentro con los extraños va mucho más allá del mero momento corporal y, en realidad, de la fenomenología de la conectividad social.

Al interpretar el encuentro, y en términos más generales, los hábitos de vida entre los otros, como el espacio en el que lo preformado, lo realizado y lo imaginado se entrecruzan para conformar disposiciones y sentimientos sociales (Vertovec, 2001), se reconsideran algunos ámbitos de los textos laudatorios acerca de los vínculos sociales. Con una lectura amplia de la práctica situada, en este texto se explica la confianza que se establece en el lugar de trabajo –y sus frutos, como el aprendizaje y la creatividad–, como un arte siempre frágil y cultivado que nace del trabajo conjunto, los objetivos y criterios compartidos, la práctica de un oficio y la alineación tecnológica, en lugar de venir dada por formas determinadas de disposición social. Cuando los extraños se convierten en colaboradores y cocreadores, es porque se relacionan a través de formas particulares de trabajo que generan confianza y no a la inversa. Del mismo modo, en el

libro se sostiene que los sentimientos públicos de empatía o aversión al extraño no son reducibles a la intensidad de la interacción social o la calidad de la cultura colectiva. Al contrario, son plasmaciones de una plétora de convenciones clasificatorias personales y colectivas –heredadas, aprendidas, absorbidas y practicadas– que confluyen en el momento del encuentro, pero que se regulan de acuerdo con juicios cognitivos y sensoriales estimulados por las características de la ocasión.

En el texto se sostiene que las prácticas de juicio situado tienen una carga temporal, son multiespaciales y se configuran materialmente: son la puesta en práctica de muchas áreas de formación cultural. En consecuencia, una afirmación central, siguiendo la interpretación de lo social de Latour (2008) como el ámbito de la asociación de lo humano y lo no humano, es que el giro hacia lo interpersonal en tanto que medida de la comunidad ofrece una explicación demasiado restrictiva. En cambio, en el texto se ha pretendido incidir en el reconocimiento de los cuerpos, los objetos, las tecnologías, los legados, las ideas y los imaginarios –aglutinados en tensión en el espacio relacional– que conforman las proximidades afectivas entre los seres humanos y de éstos con sus mundos. El ser y el pertenecer humanos se presentan como intensamente mediados e híbridos, incluso cuando parecen singulares e inequívocos. Con el convencimiento de que «poner en primer plano los factores materiales y reconfigurar nuestra comprensión misma de la materia son requisitos imprescindibles de cualquier explicación plausible de la convivencia y sus condiciones en el siglo XXI» (Coole y Frost, 2010: 2), en este libro se hace uso de los afectos corporales, los legados inscritos, los regímenes biopolíticos y las convenciones clasificatorias para explicar las disposiciones hacia los extraños y entre los extraños. Las tecnologías urbanas, las infraestructuras y la estética se utilizan para explicar las negociaciones de la diferencia en el espacio público; la ornamentación, las prótesis y los públicos íntimos, para explicar las patologías del cuidado; los

proyectos, los protocolos y las tecnologías de reunión, para explicar las intimidades en el lugar de trabajo, y los modelos y las proyecciones de futuro, para explicar los fervores comunitarios.

El objetivo de esta reconsideración de la fenomenología del encuentro es desplazar las políticas de la pertenencia de sus actuales amarras: un discurso sobre los vínculos sociales fuertes. Una primera intención es reconocer el cuidado y las responsabilidades existentes en el espacio material, tecnológico, simbólico e imaginado (y compartido con la naturaleza y los animales, aunque esta dimensión no se cubre en el libro; véase Mendieta, 2011, sobre cómo una política genuina de la cohabitación requiere una empatía con las coespecies vulnerables). Estas intimidades pueden ser aliadas y no obstáculos de una política de la intimidad humana, si es que los oficios y los intereses cultivados en un espacio singular (con frecuencia hostil a los extraños) pueden extenderse como forma de interés por lo común, que incluya la reivindicación del espacio por parte del extraño. Se propone que el cultivo del trabajo, el aprendizaje y la vida es un oficio que requiere una atención y un cuidado continuos, de modo que la empatía –hacia los objetos, los proyectos, la naturaleza, lo común– pueda extenderse como sentimiento público que sirva también para regular los sentimientos entre extraños.

Este libro no se posiciona en contra de una política del cuidado capaz de hacer retroceder la patología del sujeto tan prevalente en el Occidente contemporáneo, pero sí manifiesta la preocupación de que se descarte la posibilidad de una política de la distancia respetuosa, el desacuerdo moral y la vida común como forma de negociación de la sociedad de los extraños. Por tanto, su segunda intención es defender una política de la diferencia constituida en torno a lo impersonal, lo disputado abiertamente y lo público. Para garantizar que esta política resulte inclusiva, se proponen dos principios orientadores. El primero es la multiplicidad, que permite que todas las demandas –históricas y nuevas, hege-

mónicas y alternativas— se consideren menores, provisionales y equivalentes, se exijan siempre argumentos y se acepte la legitimidad de las demás demandas, y se construyan coaliciones y sinergias (Connolly, 2005). La aceptación pública de este principio contribuirá a que lo extraño resulte familiar, lo familiar, extraño, y la vida colectiva, una negociación constante de la diferencia.

Pero este ámbito público debe ser capaz de dirigir los compromisos colectivos para garantizar que el pluralismo no degenera en una lucha libre que favorezca al más fuerte. Por este motivo, como segundo pilar de la sociedad de los extraños se recupera el principio de lo común, entendido como esfera pública capacitadora y recurso colectivo proveedor. Se defiende una esfera pública viva y discordante, de modo que no sólo se puedan formar muchos públicos que aprendan a aceptar los acuerdos del juego abierto, sino que puedan surgir afinidades e intereses compartidos a partir de la participación y la relación. También se argumenta a favor de un regreso al estado social, con espacios públicos, infraestructuras colectivas, protección del bienestar y tradiciones socialdemócratas. No obstante, no se propone un regreso incondicional. Admitidas las multiplicidades de la sociedad abierta y negociada, en el libro se acepta que el estado social, con sus prestaciones tangibles y persuasiones culturales, tiene una capacidad de resolución limitada, pero también se sostiene que sin él no puede haber trato justo para los vulnerables y desfavorecidos, incluido el extraño.

Las aberturas y los obstáculos para la entrada del extraño en la brecha entre la singularidad y el pluralismo se examinan temáticamente a lo largo de seis capítulos. En el primero se resume el viraje contemporáneo hacia la cohesión comunitaria a través de los vínculos sociales y se analizan después las implicaciones de las relaciones que se forman con (y en torno a) objetos, tecnologías y espacios comunes, como los grupos de amistad y públicos íntimos creados a propósito del cine o la literatura de género. Tras analizar seriamente estas relaciones, en el capítulo se propone que

una política del cuidado consciente de las limitaciones de las proximidades interpersonales podría utilizar provechosamente estrategias de promoción del interés social en los aspectos materiales, virtuales y afectivos del común compartido. Se plantea que la atención cuidadosa a las zonas de relación con otros seres humanos y no humanos ofrece más posibilidades para una política de acercamiento entre las diferencias que una ética del cuidado del extraño o una noción concreta de comunidad.

Este mismo cuidado se propone también como base de la innovación económica, el medio por el cual los extraños aprenden a ser colaboradores creativos en el lugar de trabajo. El segundo capítulo analiza la dinámica social de la generación de conocimiento en diversas situaciones de trabajo colaborativo (por ejemplo, talleres artesanos, proyectos científicos o comunidades virtuales). Se sostiene que el aprendizaje y la innovación, así como la integración de participantes periféricos en una comunidad de práctica creativa, son fruto de la atención expresa a problemas compartidos, y que esta atención se mantiene gracias a la competencia adquirida con la práctica, el alineamiento de aportaciones de conocimiento diversas y distribuidas, y el mantenimiento de una arquitectura y unos valores del esfuerzo colectivo. La confianza, la reciprocidad y la obligación, que los textos sobre vínculos sociales presentan como fuentes de creatividad (y de cohesión), se explican aquí como producto y no causa de la relación de colaboración. En el capítulo se concluye que el empleo, el trabajo colaborativo y la cultura artesana son elementos cruciales para la integración social y la creatividad económica en la sociedad de los extraños.

El tercer capítulo examina las relaciones cotidianas en el espacio público urbano para reconsiderar cómo la copresencia conforma los temperamentos y los sentimientos humanos. La historia de la sociología está llena de afirmaciones sobre la decisiva significación cultural y política de la interacción social en el espacio público urbano. A la negociación del espacio compartido con otros extraños se le han

atribuido efectos civilizatorios, imitativos o alienantes, en función de los sentimientos suscitados: de la enemistad y la indiferencia a la picaresca y la empatía. Estas lecturas sintomáticas han alimentado muchas intervenciones urbanas de alteración de los ámbitos de contacto humano en el espacio público, orientadas a transformar los hábitos de convivir con la diferencia. En este capítulo se ratifica la premisa de que en la modernidad el ser humano y la negociación del espacio urbano están inextricablemente entrelazados, pero la atención se centra en el hábitat urbano en sí —el conjunto de tecnologías, formas construidas, infraestructuras, servicios, normativas y paisajes simbólicos con los que los residentes urbanos negocian sin ser conscientes de ello— para explicar la cultura colectiva y las disposiciones sociales. Se sostiene que las relaciones entre extraños se filtran a través de este «inconsciente urbano» y no gracias a los hábitos de contacto interpersonal en el espacio público. En este sentido, el capítulo describe someramente una política del extraño constituida a través del común urbano.

Con esto no se pretende subestimar el peso del encuentro corporal, donde el juego abierto de la interacción entre extraños se cruza con la representación de pautas de clasificación corporal perfectamente ensayadas. Este tema se retoma en el capítulo cuarto con un análisis de la fenomenología de la raza: una elección influida por la súbita intensificación de la codificación racial y la subsiguiente repulsa del extraño a partir del 11-S. Se sostiene que el encuentro se regula mediante una compleja maquinaria de prácticas clasificatorias heredadas e instituidas, persuasiones simbólicas y comportamientos sociales, lo que garantiza generalmente la continuidad de jerarquías raciales bien conocidas, pese a la hermenéutica abierta del encuentro situado. Pero en el capítulo también se admite que la intensidad de la aversión o del reconocimiento varía en función del tiempo y del espacio, y está estrechamente regulada por las movilizaciones biopolíticas de la raza en un contexto determinado (por ejemplo, las normativas estatales sobre migración y la asimilación a

los lenguajes políticos y mediáticos que definen a la comunidad y sus miembros). Por ello, el capítulo se cierra con una defensa de un antirracismo centrado en el entorno biopolítico que permita moderar el daño causado por los juicios corporales irreflexivos que invaden el encuentro.

En un hábitat de supervivencia siempre difícil para el extraño marcado, la concepción colectiva de la comunidad imaginada reviste una importancia crucial, por su poder para definir quién pertenece a la comunidad, así como los términos de la fraternidad. Éste es el tema de los dos últimos capítulos. El capítulo quinto se centra en el ámbito posnacional, o dicho con mayor precisión, la idea de Europa como símbolo de unidad; un símbolo cargado de una historia de prepotencia imperial, pero también de ambiciones universalistas y progresistas, y actualmente en manos de un renaciente sentimiento nacionalista contra el extraño no asimilado. En este capítulo se opta por abordar la cuestión de la comunidad imaginada centrándose en la construcción de la esfera pública europea, un espacio comunicativo y afectivo que es a la vez fuerte y débil. Se describe cómo la circulación de ciertas palabras clave y los sentimientos actualmente prevalentes extienden un contagio tóxico de aversión hacia el extraño, pero se mantiene también que la esfera pública europea, en tanto que espacio inconcluso y mal formado, tiene potencial para sostener una contranarrativa de relación con el extraño. El capítulo resume los usos contemporáneos de la xenofobia en Europa y finalmente esboza la propuesta –y los requisitos– de un sentimiento público de unidad que destaque los valores de apertura y curiosidad para afrontar un futuro incierto y turbulento.

Pero la fuerza de las proyecciones contemporáneas de un futuro incierto oscurecido por lo extraño y lo desconocido tampoco se subestima. En el último capítulo se analizan las implicaciones de una renaciente narrativa occidental sobre un futuro apocalíptico –fuera de control y destinado a la catástrofe– que requiere preparativos bélicos, incluida la suspensión de la democracia y la eliminación de lo extraño e

impuro. Se argumenta que la hasta ahora prevalente cultura del riesgo, que ofrecía una protección integral contra las vicisitudes de un futuro cognoscible, está dando paso a una idea del futuro como ilegible, inestable y peligroso, que por ello necesita vigilancia constante e intervención contundente. Mientras que la primera cultura ofrecía un apoyo con reservas al extraño asentado en el territorio, la segunda es menos complaciente en la selección de los sujetos que cuentan y sin duda actúa con mayor agresividad en sus intervenciones para eliminar el exterior desestabilizador y al extraño que llama a su puerta. Al juzgar que esta evolución resulta altamente incendiaria, el libro se cierra con un aviso y una propuesta, abierta a todos los recursos y experimentos de relación disponibles, dentro de las fronteras nacionales y en el extranjero, con el fin de anticipar un futuro incierto y azaroso.

El estilo de este libro es híbrido, como su lectura del mundo social, porque combina el análisis multidisciplinar con la intención polémica y normativa. Es posible que este estilo no complazca a los lectores que busquen erudición disciplinaria o una teoría unitaria del sujeto, pero la elección se debe a la urgencia del momento político. Dada la frustración ante el giro actual hacia una política de los vínculos interpersonales y comunitarios, y la decepción por la ausencia de una alternativa verosímil que apueste decididamente por las virtudes de la sociedad de extraños, se ha optado por una exploración del terreno, en busca de prácticas y propuestas de nuevas formas de integrar la diversidad en un común operativo. Los tiempos exigen confeccionar un collage de ideas, ilustraciones y métodos que muestre que la multiplicidad, la solidaridad y la provisión común siguen siendo principios válidos para abordar un futuro que sólo puede ser todavía más híbrido. Anhelar la pureza es cerrarse a toda posibilidad.

Título de la edición original: *Land of Strangers*
Traducción del inglés: Laura Sales Gutiérrez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2013

© Ash Amin, 2012

Esta edición se ha realizado según acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge

© de la traducción: Laura Sales Gutiérrez, 2013

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García

Impresión y encuadernación: Rodesa, SL

Depósito legal: B. 32369-2012

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-63-6

ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5380-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).